

VI Domingo de Pascua

9 de mayo de 2021

PASCUA DEL ENFERMO

- **Hch 10, 25-26. 34-35. 44-48.** El don del Espíritu Santo ha sido derramado también sobre los gentiles.
- **Sal 97. R.** El Señor revela a las naciones su salvación.
- **1 Jn 4, 7-10.** Dios es amor.
- **Jn 15, 9-17.** Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros».

(Juan 15, 9-17)

1. Desde la Palabra de Dios

En los pasados domingos escuchábamos a Jesús decirnos quién es Él —el Buen Pastor y la Vid— y cuál es su misión —dar la vida y alimentarnos con su savia—. Hoy nos enfrenta con nosotros mismos y nos hace descubrir quiénes somos para Él —amigos y elegidos— y cuál es nuestra misión —la alegría y el amor—.

En Cristo se cierra el gran círculo del amor: «como el Padre me ha amado así os amo yo». Todo comienza en lo más profundo del misterio de Dios. El Padre toma la iniciativa de enviarnos a su Hijo gratuitamente y Jesús nos regala el amor que Él mismo experimenta. El amor divino ya tiene para nosotros rostro humano en Jesús. Y su amor es total, hasta el extremo de dar su vida por nosotros.

Hemos de permanecer en ese amor que no es sólo la relación entre unos y otros. El discípulo de Jesús sabe y experimenta que el amor proviene de Dios. Él es la fuente, el manantial inagotable del amor. Por eso, no hay amor auténtico entre las personas, si no hay vivencia del amor que Dios nos regala.

El término “amor” queda devaluado con frecuencia en el trato humano. Se confunde amor con pasión, con deseo; a menudo escuchamos que el amor es sentimiento... No olvidemos que el amor —al estilo de Jesús— es una virtud teologal: Él nos da la verdadera prueba de que su amor es legítimo. Y esta prueba es su entrega hasta la muerte. Dios nos ha manifestado el gran amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por él.

Comprendemos el mandamiento único de Jesús de “amarnos unos a otros”, cuando experimentamos que lo primero es su Amor entregado a nosotros. Para poder amar, tenemos que dejarnos amar por

el mismo Dios. Y la respuesta a ese amor son nuestras obras. Si no hay amor no hay vida, no hay experiencia de la vida íntima de Dios.

La verdadera alegría, como el auténtico amor, no se encuentra sino en Dios, en la vida íntima que nos trasmite Jesús el Hijo. Los humanos queremos encontrar la alegría en la abundancia de cosas. Nuestra alegría es frágil y pequeña. Por eso, Jesús, conociendo nuestro modo de ser, nos ofrece su alegría, que brota de sentirse amado por la Trinidad.

La vida cristiana no hay que entenderla como una carga pesada de mandamientos, preceptos, devociones, obligaciones, mortificaciones, reglas y prohibiciones. Vivir en cristiano es liberación de tanta cosa que nos roba la verdadera alegría: dinero, complejos, miedos, egoísmo... Sólo en Jesús encontramos la auténtica alegría.

El deseo de Jesús es que demos fruto abundante: lo que hemos recibido gratuitamente, el tesoro que hemos recibido lo hemos de compartir con los demás. «Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis» (Mt 10, 8). El cristiano debe anunciar, con su testimonio de vida el gozo, que experimenta por dejarse amar del Señor en Jesús. Estás sumergido en ese circuito del Amor que va del Padre al Hijo y que llega hasta ti, por el don del Espíritu, que es el Amor. En consecuencia: Ama y haz lo que quieras (San Agustín).

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy —san Juan, capítulo 15— nos vuelve a llevar al Cenáculo, donde escuchamos el mandamiento nuevo de Jesús. Dice así: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros, como yo os he amado» (v. 12). Y, pensando en el sacrificio de

la cruz ya inminente, añade: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando» (vv. 13-14). Estas palabras, pronunciadas durante la última Cena, resumen todo el mensaje de Jesús; es más, resumen todo lo que Él hizo: Jesús dio la vida por sus amigos. Amigos que no lo habían comprendido, que en el momento crucial lo abandonaron, traicionaron y renegaron. Esto nos dice que Él nos ama aun sin ser merecedores de su amor: ¡así nos ama Jesús!

De este modo, Jesús nos muestra el camino para seguirlo, el camino del amor. Su mandamiento no es un simple precepto, que permanece siempre como algo abstracto o exterior a la vida. El mandamiento de Cristo es nuevo, porque Él, en primer lugar, lo realizó, le dio carne, y así la ley del amor se escribe una vez para siempre en el corazón del hombre (cf. Jer 31, 33). Y ¿cómo está escrita? Está escrita con el fuego del Espíritu Santo. Y con este mismo Espíritu, que Jesús nos da, podemos caminar también nosotros por este camino.

Es un camino concreto, un camino que nos conduce a salir de nosotros mismos para ir hacia los demás. Jesús nos mostró que el amor de Dios se realiza en el amor al prójimo. Ambos van juntos. Las páginas del Evangelio están llenas de este amor: adultos y niños, cultos e ignorantes, ricos y pobres, justos y pecadores han tenido acogida en el corazón de Cristo.

Por lo tanto, esta Palabra del Señor nos llama a amarnos unos a otros, incluso si no siempre nos entendemos y no siempre estamos de acuerdo... pero es precisamente allí donde se ve el amor cristiano. Un amor que también se manifiesta si existen diferencias de opinión o de carácter, ¡pero el amor es más grande que estas diferencias! Este es el amor que nos ha enseñado Jesús. Es un amor nuevo

porque lo renueva Jesús y su Espíritu. Es un amor redimido, liberado del egoísmo. Un amor que da alegría a nuestro corazón, como dice Jesús mismo: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (v. 11). Es precisamente el amor de Cristo, que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, el que realiza cada día prodigios en la Iglesia y en el mundo. Son muchos los pequeños y grandes gestos que obedecen al mandamiento del Señor: «Que os améis unos a otros, como yo os he amado» (cf. Jn15, 12). Gestos pequeños, de todos los días, gestos de cercanía a un anciano, a un niño, a un enfermo, a una persona sola y con dificultades, sin casa, sin trabajo, inmigrante, refugiada... Gracias a la fuerza de esta Palabra de Cristo, cada uno de nosotros puede hacerse prójimo del hermano y la hermana que encuentra. Gestos de cercanía, de proximidad. En estos gestos se manifiesta el amor que Cristo nos enseñó.

Que en esto nos ayude nuestra Madre Santísima, para que en la vida cotidiana de cada uno de nosotros el amor de Dios y el amor del prójimo estén siempre unidos.

(Papa Francisco. 10/05/2015)

3. Desde el fondo del alma

COMO EL PADRE ME AMO, YO OS HE AMADO;
PERMANECED EN MI AMOR,
PERMANECED EN MI AMOR.

Si guardáis mis palabras, y como hermanos os amáis, compartiréis con alegría el don de la fraternidad.

Si os ponéis en camino, sirviendo siempre la verdad, fruto daréis en abundancia, mi amor se manifestará.

No veréis amor tan grande, como aquel que os mostré. Yo doy la vida por vosotros. Amaos como yo os amé.

Si hacéis lo que os mando y os queréis de corazón, compartiréis mi pleno gozo, de amar como Él me amó.